

En guise d'introduction, nous reproduisons quelques extraits de deux prologues que Juan Manuel Roca a écrits respectivement pour l'anthologie de poésie colombienne *La casa sin sosiego* (Taller de Edición Rocca, 2007) et pour l'anthologie de poésie anarchiste *El anarco y la lira* (Editorial *El rey desnudo*, 2015). Ces deux contributions, de ton sensiblement différent, illustrent les deux dangers principaux qui menacent notre époque et contre lesquels la poésie peut aider à lutter : la violence et la médiocrité. Elles éclairent aussi la relation à la fois nécessaire et difficile entre l'expression allusive des affects éminemment personnels et le regard critique, analytique, solidaire, sur la réalité commune et les expériences partagées par l'humanité.

\* \* \*

Crear arte en Colombia, y tomo la poesía como nombre genérico para él, muchas veces nos remite a la divisa que René Char dejó registrada para hombres de diferentes entornos y sociedades: “La lucidez es la herida más cercana al sol”.

Ejercer esa lucidez en medio de un país cruento, donde la guerra siempre viene después de la postguerra, no resulta propicio cuando ese mismo país parece fijo como una bicicleta estática a un paisaje de barbarie acrecentado por diferentes fases de la violencia: la partidista, la guerrillera, la de la delincuencia común, la del terrorismo de estado y sus eslabones paramilitares, la del narcotráfico... La masacre de hoy borra la masacre de ayer pero anuncia la de mañana.

El creador de poesía tendría que ser muy ciego para que todo ese entorno no se filtrara en su obra. Aunque hay quienes parecen habitantes del país de Catatonia. Son muchos los que operan a la inversa del hombre que come una alcachofa: éste la deshoja hasta encontrar su centro, su corazón. Los poetas en mención, por el contrario, le agregan hojas y hojas a ese centro hasta ya nunca percibir su aliento, su respiración. Por supuesto que la falsa y preconcebida poesía, que quiere a todo trance hacer el registro sociológico de la vida del país, anclándose en una mirada puramente historicista, ha dejado momentos de precaria realización, en los que cuenta más el qué decir que el cómo hacerlo.

La pregunta de Hölderlin, “¿para qué la poesía en tiempos sombríos?”, acá tiene unos matices particulares, lo que nos llevaría a un silogismo y a pensar que nunca tendría sentido la lírica en estos feudos. No voy a intentar, ni lo quisiera, hacer una vez más el diagnóstico de nuestra violencia. Trato, mejor, de señalar esta escindida razón de ser de la poesía en tiempos en los cuales está en crisis la palabra.

Esta doble condición parece antípoda: por una parte el deseo del canto en medio de la guerra, por otra la expresión poética ahogada dentro del caos y la crisis que jalona la falta de credibilidad en el lenguaje, cuando la palabra pan no reemplaza al pan, cuando la palabra libertad casi siempre está en boca de carceleros, cuando la palabra paz está deshabitada.

Por esa suerte de vasos comunicantes, casi siempre paradójicos, que hay entre la realidad más inmediata y la poesía que intenta trasgredir y ampliar la realidad, la crisis de la palabra resulta un difícil estímulo —riesgoso

o delirante pero estímulo— para buscar el habla justa y las esencias que hay bajo su piel. Se trata de intentar un lenguaje que no sea cortina de humo a la manera de los políticos de tribuna, gentes de la contingencia inmediata que tienen el dudoso don de hacer espuria toda palabra.

La lectura de la poesía colombiana desde el ámbito de la violencia lleva a pensar que no es sencillo para el poeta realizar su obra, tan llena de intuiciones, de alumbramientos muchas veces dictados por la esfera de lo irracional, para, a un mismo tiempo, volcarse hacia el ejercicio de una reflexión sobre su época.

Acá bien vale la pena preguntarse por el trato de lo social en el poema, ¿cómo hacer para que esa irracionalidad a favor, que algunos llaman inspiración o raptó poético, pase por una suerte de aduana del pensamiento y se pueda mirar un entorno, un rastreo de lo que nos ocurre en el otro? ¿Cómo creer en las voces que le piden a la poesía una única utilidad pública y programática, si muchas veces la utilidad de la poesía es de otro orden, de un orden que hace tangible lo intangible? ¿Cómo andar al mismo tiempo en dos orillas de la realidad?

Si me apresurara a decir dónde radica el poder transformador de la poesía, diría que está en lo que queda por fuera de lo ya visto, en lo que suscita la duda. Si bien en Colombia siempre está en vilo la vida, como en pocas partes, sí es una aventura descabellada intentar una cultura orgánica en un país inorgánico, y a sabiendas de lo expresado por Borges acerca de cómo “la realidad no es verbal”, hay zonas jamás nominadas por la palabra a las que aspira a llegar la poesía.

La crítica política sólo considera un balance de los contenidos, de sus fines. La poética piensa que una verdad mal dicha puede volverse mentira.

“Es un tiempo en que resulta aterrador estar vivo, cuando es difícil pensar en los seres humanos como racionales. Donde quiera que dirijamos la mirada veremos brutalidad y estupidez, tal parece que no hay otra cosa que ver: por todas partes un descenso a la barbarie, que somos incapaces de contener”, dice Doris Lessing en Cuando en el futuro se acuerdan de nosotros.

Habría que agregar que si hay futuro, si hay quien se acuerde, si merecemos llamarnos nosotros, a lo mejor alguien pensará que a pesar de todo, y de ser tan inútil como el intento de descarrilar un tren atravesándole una rosa en la carrilera, la poesía se dio en tiempos aciagos, en tiempos de muerte y de letargo.

Lo cierto es que cuando una sociedad deja de procrear a los escritores fuera de lugar, es porque se trata, qué duda cabe, de una civilización seca, calcárea, desvitalizada y mustia. Pero no pocas veces se inventa a los falsos transgresores, a los simulados outsiders programáticos.

Síntomas de esas carencias, de esos vacíos, se palpan de manera más evidente cuando sus intelectuales callan y se arrebañan, cuando se pliegan al mejor postor —que casi siempre es el mayor impostor— o hacen de la meta del éxito su único destino. Hay en la Colombia actual un tráfico de almas que no sospecharía ni el mismo Nicolai Gogol.

¿Qué hacer con la poesía que se niega a la servidumbre, entonces? Es algo que podría responderse por negación: ¡qué no hacer! Por ejemplo, no ceder al canto de sirenas del facilismo propuesto por el mercado editorial. Por ejemplo, mostrar la eterna insatisfacción con la llamada, de manera pomposa y unívoca, realidad. Si el hombre fuera en esencia un satisfecho, sencillamente no hubiera existido la poesía. ¡Qué no hacer! Por ejemplo, desocultar los poderes fácticos que se esconden bajo la alfombra de las buenas costumbres. Por ejemplo, señalar la mediocridad del mal puesta al servicio de los poderes, pues es en la tienda de los mediocres y los calumniadores donde hacen fila los genocidas.

Parodiando al gran John Donne, que decía que nadie duerme en la carreta que lo conduce de la cárcel al patíbulo, el desvelo por la suerte de la poesía nos debe preocupar mucho menos que la poesía misma.

Me parece, a todas estas, que la poesía, sin que acuda al expediente de un deber ser social, sin que volvamos a reincidir en los estrechos anales programáticos de los manifiestos políticos o estéticos, desde siempre y en sus mejores momentos lo que ha combatido es el baboso universo de lo gregario, los espejos deshabitados en los que muchos se lavan la máscara antes de lavarse la cara. Se trata, quizá, como escribió Yoko Ono en alguno de sus poemas de cuño libertario, de “bailar en plena oscuridad”.

Faire de l'art en Colombie, et je prends la poésie comme nom générique pour l'art, nous renvoie souvent à l'aphorisme que René Char a légué aux hommes de tous les milieux et de toutes les sociétés : « La lucidité est la blessure la plus rapprochée du soleil ».

Exercer cette lucidité dans un pays sanglant, où la guerre suit toujours l'après-guerre, n'a rien de favorable quand ce même pays semble figé comme une bicyclette arrêtée sur un paysage de barbarie où s'accumulent diverses phases de la violence : celle des partis, celle de la guérilla, celle de la délinquance commune, celle du terrorisme d'État et de ses relais paramilitaires, celle du narcotrafic... Le massacre d'aujourd'hui efface le massacre d'hier mais annonce celui de demain.

Le créateur de poésie devrait être bien aveugle pour que tout ce contexte ne s'insinue pas dans son œuvre. Et pourtant certains semblent habiter le pays de Catatonie. Beaucoup agissent à l'inverse de qui mange un artichaut : ici on ôte les feuilles pour arriver au centre et au cœur ; les poètes en question, au contraire, ajoutent toujours plus de feuilles à ce centre jusqu'à ne plus percevoir son souffle et sa respiration.

Bien entendu, l'idée préconçue et fautive d'une poésie qui se veuille à tout prix le témoin sociologique de la vie d'un pays, figée dans un regard purement historiciste, a abandonné ses moments de précaire réalisation dans lesquels compte davantage ce qu'il y a à dire que comment le dire.

La question de Hölderlin, « À quoi bon des poètes en temps de détresse ? » prend ici des inflexions particulières, ce qui nous mènerait par syllogisme à penser que l'art lyrique n'aurait jamais aucun sens dans ces contrées. Je ne vais pas tenter — et je ne le souhaite pas — de faire une fois de plus le diagnostic de notre violence. J'essaie plutôt d'indiquer cette double raison d'être de la poésie, dans des temps où la parole est en crise.

Cette double condition semble contradictoire : d'une part, le désir du chant au milieu de la guerre, de l'autre l'expression poétique noyée dans le chaos et la crise qui ponctue le manque de crédibilité du langage, quand le mot « pain » ne remplace pas le pain, quand le mot « liberté » se trouve presque toujours dans la bouche des emprisonneurs, quand le mot « paix » se retrouve inhabité.

Par cette sorte de vases communicants, presque toujours paradoxaux, qui existent entre la réalité la plus immédiate et la poésie qui cherche à transgresser et amplifier la réalité, la crise des mots se révèle un stimulant difficile — périlleux ou délirant, mais stimulant — pour trouver le mot juste et les essences qui se trouvent sous sa peau. Il s'agit de trouver un langage qui ne soit pas un rideau de fumée comme celui des politiciens de tribune, gens de la contingence immédiate qui ont le don douteux de rendre toute parole vide de sens.

La lecture de la poésie colombienne dans le contexte de la violence mène à penser qu'il n'est pas simple pour le poète de réaliser son œuvre, toute pleine d'intuitions, d'illuminations souvent dictées par la sphère de l'irrationnel, en visant en même temps l'exercice d'une réflexion sur son époque.

Il vaut la peine de s'interroger sur le traitement du social dans le poème : comment faire pour que cette irrationalité positive, que certains appellent l'inspiration ou le ravissement poétique, passe par une sorte de contrôle de la pensée et qu'on puisse y voir un contexte, une trace de ce qui nous arrive en l'autre ? Comment se fier aux voix qui ne demandent à la poésie qu'une utilité publique et programmatique, si bien souvent l'utilité de la poésie est d'un autre ordre, d'un ordre qui rend tangible l'intangible ? Comment avancer en même temps sur deux rives de la réalité ?

Si l'on me pressait de dire où s'ancre le pouvoir transformateur de la poésie, je dirais que c'est dans ce qui demeure hors du déjà vu, dans ce qui suscite le doute. Si en Colombie la vie est toujours en péril comme en peu d'autres lieux, si c'est une aventure échevelée que de tenter une culture organique dans un pays inorganique, sachant par ailleurs ce qu'a exprimé Borges sur la manière dont « la réalité n'est pas verbale », il y a des zones à jamais innommées par les mots où la poésie aspire à se rendre.

La critique politique ne considère que l'équilibre des contenus et des fins. La poétique pense qu'une vérité mal dite peut devenir mensonge.

« Il est un temps où il devient effrayant d'être en vie, quand il est difficile de penser aux êtres humains comme à des êtres rationnels. Où que nous tournions nos regards nous verrons la brutalité et la stupidité, tant il semble qu'il n'y ait rien d'autre à voir : partout une descente vers la barbarie, que nous sommes incapables de contenir », dit Doris Lessing dans Quand dans le futur on se souviendra de nous.



Il faudrait ajouter que, s'il y a un futur, s'il y a quelqu'un pour se souvenir, si nous méritons qu'on nous appelle « nous », alors peut-être pensera-t-on que malgré tout, et bien qu'elle soit aussi inutile que de chercher à faire dérailler un train en posant une rose sur les rails, la poésie a existé dans ces temps funestes, dans ces temps de mort et de léthargie.

Il est certain que lorsqu'une société cesse de produire des écrivains en-dehors, c'est parce qu'elle est devenue sans doute possible une civilisation desséchée, calcifiée, dévitalisée, fanée. Mais il arrive aussi qu'elle s'invente de faux transgresseurs, des outsiders simulés et programés.

Les symptômes de ces carences et de ces vides s'observent de manière plus évidente lorsque ses intellectuels se taisent et ramassent les miettes, se soumettent au plus offrant ou font de la poursuite du succès leur seul destin. Il y a dans la Colombie actuelle un trafic d'âmes que ne renierait pas Nicolas Gogol lui-même.

Que faire alors de la poésie qui se refuse à la servitude ? On pourrait répondre par la négation : que ne pas faire ! Par exemple, ne pas céder au chant des sirènes de la facilité proposée par le marché éditorial. Par exemple, montrer une éternelle insatisfaction vis-à-vis de ce qu'on appelle pompeusement et univoquement la réalité. Si l'homme était par essence satisfait, la poésie n'aurait simplement pas existé. Que ne pas faire ! Par exemple, dévoiler les pouvoirs réels qui se cachent sous le tapis des bonnes mœurs. Par exemple, faire voir la médiocrité du mal, mise au service des pouvoirs, car c'est dans la boutique des médiocres et des calomniateurs que font la file les génocides.

Pour parodier le grand John Donne, qui disait que personne ne dort dans la charrette qui le mène de la prison au gibet, la vigilance pour le sort de la poésie doit nous occuper beaucoup moins que la poésie elle-même.

Il me semble que la poésie, sans recourir à la facilité d'un devoir être social, sans nous faire tomber à nouveau dans l'étroitesse programmatique des manifestes politiques ou esthétiques, a combattu depuis toujours et dans ses meilleurs moments le bavardage universel du grégaire, les miroirs vides devant lesquels beaucoup se lavent leur masque avant de se laver la face. Il s'agit peut-être, comme l'écrivit Yoko Ono dans un de ses poèmes d'inspiration libertaire, de « danser en pleine obscurité ».